



Alianzas Estratégicas en Capacitación, S.C.

UN
MENSAJE
PARA
TI



Todo individuo normal, ansía conocer y comprender, desea hablar y crear; anhela, desde lo más íntimo, poseer y poder; busca progresar, tiene un determinado ideal de la justicia, de la bondad, de la belleza y de la felicidad; y qué duda cabe, en todos los terrenos se esfuerza por merecer, por sus valores y capacidad, la aprobación y la estima de los seres que le rodean, él mismo busca auto aceptarse y el reconocimiento de los otros. Busca una recompensa futura al desarrollo de su actividad, ansía vislumbrar un futuro inmediato, alcanzable y sólido; anhela un "status" o posición social y, en lo más íntimo de su alma, desea lograr esa paz interior que le permita vivir, continuamente, en un ritmo equilibrado con su realidad. Estas tendencias varían según la edad, el sexo, la posición y el medio. Algunas son innatas, otras adquiridas, pero determinan siempre las relaciones que existen entre el individuo, su realidad y el grupo en el que se desenvuelve, en el marco de la vida cotidiana.

No obstante, sólo en el secreto de la vida individual, encuentra el despliegue de algunas facultades. Frecuentemente, cuanto más intensa y ruidosa es la vida profesional, el hombre se siente más perdido en la masa y es mayor su necesidad de recogerse en la soledad y el silencio.

Cuanto más le liga a los demás el trabajo que realiza, más desea, como contrapeso, ser él mismo, libre e independiente. Quizá, cuando más exige colaboración la obra que realiza, más urgente le resulta permanecer solo, frente a sí mismo, sumergido dentro del marco de su pensamiento, en sus

propias reflexiones; perdiendo todo contacto con el exterior, necesita algo que sólo puede sacar de sí mismo, sin saber todavía cómo conseguirlo y así, qué duda cabe, por medio de la concentración, el recogimiento, la meditación, toda aquella gente llamada a realizar una obra creadora, necesita, evidentemente, la afirmación de sí mismo, apartado de los demás, enfrentado a sí mismo; la soledad concebida en estos términos, contribuye, evidentemente, a hacer del hombre un ser social mejor y le enseña a llevar una vida, incluso, más social.

Desgraciadamente, los seres humanos no utilizamos la soledad únicamente para hacer con ella una obra constructiva; infortunadamente, la buscamos también por egoísmo y por temor a nuestros semejantes, resultando ser, un refugio para los individualistas que no encuentran nunca los amigos y los colaboradores que necesitan y que, al fin y al cabo, se complacen en el aislamiento egocéntrico, pensando más en lo que consideran se les debe a ellos, que lo que ellos mismos pueden dar, creyéndose únicos en su especie y, definitivamente, tan singulares, que son incapaces de mirar en los demás lo mucho que pueden aprender.

La propia experiencia nos enseña que, muchas veces, viviendo aún bajo el mismo techo, en constante contacto con nuestros semejantes, no nos conocemos; ocurre que, aún perteneciendo al mismo equipo, trabajando en la misma empresa, la gente se ignora tanto, como si vivieran en rincones opuestos del mundo y sucede, a veces, lo contrario, dos lectores de un mismo diario, de un mismo libro, que no se

han visto nunca, se aproximan más que personas que trabajan juntas todos los días; las relaciones sociales, evidentemente, representan una multitud compleja de problemas que, a veces, no sabemos resolver y que deberíamos conocer al menos, pues aún en nuestro caso, muchas veces no sabemos por qué; pero, nos llega a suceder que, aquellos a quienes abordamos o acogemos, aparentemente, con cordialidad, se alejan más que se aproximan a nosotros; quizá, no nos hemos dado cuenta que nuestra misma conversación, a veces, divide más, opone y separa, en vez de asociar o unir en términos generales.

Hay muchos puntos sobre los cuales tenemos hondamente que reflexionar, pues lo que para nosotros nos parece normal, a veces nos causa problemas de una magnitud que, en su conocimiento, no podremos superar.

La arrogancia suscita el temor, la timidez provoca la brusquedad, la indecisión crea perplejidad, la suficiencia desalienta, la hipocresía divide; en realidad, no hay modo de que pueda existir una relación adecuada que no esté basada en la sinceridad de las personas dispuestas a renunciar, a representar un papel, disponiéndose, más que nada, a ser verdaderamente ellas mismas. Es difícil, pero solamente dejando caer las máscaras tras las cuales tanta gente se oculta por timidez, o por debilidad, por inseguridad, por mal humor, por orgullo o por hipocresía; se puede lograr una adecuada relación con nuestra comunidad.

En un grupo coherente, cada uno sabe que puede fiarse de los demás. Obviamente, la confianza no es una emoción pasajera, es más bien una virtud profunda, una actitud del espíritu y de la voluntad que suscita la reciprocidad por contagio. Aquel a quien le demostramos confianza, crece en su propia estimación y da lo mejor de sí mismo. Elton

Mayo expresa lo siguiente: "estimo que todo estudio social debe empezar por una observación atenta de lo que podría llamar la transmisión, la comunicación; es decir, la actitud del individuo para comunicar a otros sus sentimientos, sus ideas, la actitud de los grupos para comunicarse, afectiva e interiormente, entre sí.

En este punto, sin sombra de duda, es donde la civilización contemporánea sufre una deficiencia fundamental. En realidad, en nuestra época resulta extraño comprobar que, pese al avance de la técnica, de la transmisión y de las comunicaciones que superan todos los obstáculos de la distancia y donde se han realizado progresos tan prodigiosos en rapidez y precisión, el hombre se ha visto con frecuencia incapaz de comprender a los demás, aun a los más próximos; incapaz de transmitir lo que piensa y lo que siente".

Barreras infranqueables, muros impenetrables superan a los individuos en su desconfianza que no pueden existir, por otra parte, independientemente. Sí, estamos viviendo un mundo en donde la confianza se ha perdido entre padres e hijos, maestros y alumnos, jefes y empleados...y, quizá sólo porque no entendemos que cada generación, cada porción de la sociedad tiene su lenguaje propio, su peculiar manera de pensar y necesita encontrar la fórmula que resucite su esperanza, se consolide en la fe y en el amor, estamos llenos de sospechas que muchas veces nos causan más daño que los verdaderos agravios. En nuestro trabajo diario, uno de los elementos fundamentales que necesitamos llegar a integrar, es la confianza en las personas con las que trabajamos, nuestros empleados, nuestros compañeros, nuestros jefes y nuestros clientes; necesitamos luchar sólidamente todos los días para abrir los caminos que nos lleven a reconquistar la confianza

perdida, en ocasiones por nuestra propia culpa y, si bien es cierto que todos los seres humanos tenemos derecho a alcanzar nuestros ideales, estos los hemos de lograr en la medida misma en que no perdamos la visión clara del objetivo que perseguimos y que, a veces, perdemos por falta de fe, de amor y de esperanza.

La personalidad humana es compleja y sus maneras de reaccionar al contacto con los demás, son variables, a veces se transforman en un juguete integrado por un conjunto de sentimientos que van, desde el interés amistoso, al antagonismo inevitable, y así chocamos unos con otros. No obstante, el espíritu de tolerancia que cada uno tiene y demuestra, le permite alcanzar una visión por encima de los pequeños o grandes obstáculos de la vida, superando las propias limitaciones que la vida le impone; la tolerancia implica humildad, aceptación de los conocimientos y de las competencias de los otros y flexibilidad de espíritu que le permita estudiar de nuevo, desde otro ángulo, los problemas que, a veces, nos parecen insalvables.

En su tarea diaria, el hombre tiene que, reconocer que la mayor de sus virtudes, deberá basarse en la tolerancia hacia los prejuicios, opiniones, e incluso, actitudes de los demás.

Como vemos, en nuestra diaria tarea, no todo son técnicas y tácticas, es necesario, de vez en cuando, hacer reflexiones que beneficien a nuestro propio espíritu y a nuestra voluntad de vivir.

Si partimos por el hecho de que ninguno de nosotros es perfecto, tenemos que aceptar las imperfecciones, también, de los demás; luchar no significa huir, sino enfrentarse a las cosas, medir los hechos y emplear los recursos de nuestras propias fuerzas, no para vencer a los demás, sino para vencer nuestras propias debilidades.

En nuestra vida, son muchas las debilidades que tenemos que vencer, muchas, tentaciones; sobre todo, aquellas que se refieren a nuestro egoísmo y a nuestra soberbia; aquel que lo logra, sin duda, rebasará los límites de su propio esfuerzo y adquirirá una fortaleza interior de tal magnitud, que ante los hechos mismos de la vida no se sentirá derrotado jamás. Tomará las experiencias del camino, las transformará en enseñanza para conquistar sus propósitos nobles y, después, cuando los años pasen, no sentirá la profunda insatisfacción que experimentan algunos que no tuvieron el valor de enfrentarse a sí mismos.

Dr. Alfonso Valdés Salinas